

XII

Cuando volvió el verano, el cura y su madre bajaron de nuevo cada noche a tomar el fresco en la terraza. Mouret se volvía reacio. Rehusaba las partidas de tute que le ofrecía la anciana señora; permanecía allí, balanceándose en una silla. Como bostezara, sin tratar siquiera de ocultar su aburrimiento, decíale Marta:

—Amigo mío, ¿por qué no te vas al círculo?

Iba más a menudo que en otro tiempo. Cuando regresaba, encontraba a su mujer y al cura en el mismo sitio de la terraza; en tanto que madame Faujas, a pocos pasos de ellos, seguía manteniendo su actitud de guardiana muda y ciega.

En la ciudad, cuando hablaban del nuevo párroco a Mouret, éste continuaba prodigándole grandes elogios. Era decididamente un hombre superior. El, Mouret, no había dudado nunca de su talento. Nunca pudo madame Paloque sacarle ninguna palabra dura, a pesar de la malicia con que le preguntaba por su mujer, en medio de una frase referente al Padre Faujas. La vieja madame Rou-

gon no conseguía tampoco leer las secretas penas que adivinaba tras el bondadoso aspecto de su yerno; le examinaba sonriendo maliciosamente, le tendía lazos; pero aquel charlatán incorregible, por cuya lengua pasaba toda la ciudad, sentíase ahora lleno de pudor, cuando se trataba de las intimidades de su matrimonio.

—¿Con que tu marido ha acabado por entrar en razón?—preguntó un día Felicidad a su hija.—Parece que te deja libre.

Marta la miró con sorpresa.

—Siempre he sido libre—dijo.

—Querida hija, no quieres acusarle... Me habías dicho que miraba con malos ojos al Padre Faujas.

—No, no, se lo aseguro a usted. Usted es, por el contrario la que se lo ha imaginado... Mi marido se lleva divinamente con el Padre Faujas. No tiene motivos para estar de malas.

Marta se asombraba de la persistencia con que todo el mundo quería que su marido y el cura no fuesen buenos amigos. A menudo, en la junta de la obra de la Virgen, aquellas señoras la hacían preguntas que la molestaban. La verdad era que se sentía muy feliz, muy tranquila; nunca le había parecido más agradable la casa de la calle Balande. Habiéndole dado a entender el Padre Faujas que se encargaría de su conciencia cuando creyese que no bastaba el Padre Bourrette, Marta vivía con tal esperanza, con ingenuas alegrías de niña que va a hacer la primera comunión y a quien se prometen estampas de santos si se porta bien. A ratos, creía volverse de nuevo niña; experimentaba frescuras de sensación, puerilidades de deseo que la enternecían. En primavera, Mouret, que cortaba los grandes bojes, la sorprendió un día con los ojos llenos de lágrimas, en la glo-

rieta del fondo, en medio de los nuevos brotes, al aire cálido.

—¿Qué te pasa, hija mía?—le preguntó con inquietud.

—Nada, te lo aseguro—le dijo ella sonriendo.—Estoy contenta, muy contenta.

Mouret se encogió de hombros y siguió dando delicados tijeretazos, para igualar bien las líneas de bojes; cada año, era para él cuestión de amor propio el tener los bojes mejor cuidados del barrio. Marta, que se había secado los ojos, lloró de nuevo, a raudales, con un nudo en la garganta, conmovida hasta el alma por el olor de aquella verdura cortada. Tenía entonces cuarenta años, y era su juventud la que lloraba.

Entre tanto, el Padre Faujas, desde que era párroco de San Saturnino, tenía una dignidad dulce que parecía agrandarle más aún. Llevaba el breviario y el sombrero magistralmente. En la catedral, se había realzado por medio de golpes de fuerza que le aseguraron el respeto de la clerecía. El Padre Fénil, vencido de nuevo en tres o cuatro puntos de detalle, parecía dejar el puesto libre a su adversario. Pero éste no cometía la tontería de triunfar brutalmente. Tenía una altivez peculiar, de ductilidad y humildad sorprendentes. Comprendía a la perfección que Plassans estaba aún muy lejos de pertenecerle. De manera que, si se detenía a veces en la calle para estrechar la mano del señor Delangre, cambiaba sencillamente cortos saludos con el señor de Bourdeu, con el Dr. Maffre y con los demás invitados del presidente Rastoil. Gran parte de la sociedad de la ciudad conservaba con respecto a él una gran desconfianza. Se le acusaba de tener opiniones políticas

muy torpes. Era preciso que se explicara, que se declarase por un partido. Pero él sonreía, y decía que él era del partido de las personas honradas, lo cual le dispensaba de responder con más claridad. Por otra parte, no mostraba ninguna prisa y continuaba retrayéndose, a la espera de que las puertas se abriesen por sí mismas.

—No, amigo mío, más tarde veremos—decía al Padre Bourrette, que le urgía para que visitase al señor Rastoil.

Y se supo que había rehusado dos invitaciones para comer en la subprefectura. Seguía no frecuentando más que a los Mouret. Estaba en casa de éstos como en observación, entre los dos campos enemigos. El martes, cuando las dos tertulias se reunían en los jardines, a derecha y a izquierda, él se asomaba a la ventana, y miraba ponerse el sol a lo lejos, detrás de los bosques del Seille; después, antes de retirarse, bajaba los ojos y respondía con la misma amabilidad a los saludos de los Rastoil y a los saludos de la subprefectura. Estas eran todas las relaciones que por entonces tenía con sus vecinos.

No obstante, un martes bajó al jardín. El jardín de Mouret le pertenecía ya. Ya no se contentaba con reservarse la glorieta del fondo a las horas de leer su breviario; todas las callejuelas, todos los arriates eran suyos; su sotana manchaba de negro todas las verduras. Aquel martes, dió la vuelta, saludó al señor Maffre y a madame Rastoil, a quien vió por abajo; después, fué a pasar bajo la terraza de la subprefectura, en la que estaba el señor Condamin, en compañía del doctor Porquier. Saludado por estos señores, volvía a subir por la callejuela, cuando el doctor le llamó.

—Señor cura, ¿me hace usted el favor? Dos palabras.

Y le preguntó a qué hora podría verle al día siguiente. Era la primera vez que una de las dos tertulias dirigía la palabra al sacerdote, de un jardín a otro. El doctor se encontraba en un gran apuro; el tronera de su hijo acababa de ser sorprendido, con una pandilla de otros granujillas, en una casa sospechosa detrás de la cárcel. Lo peor era que se acusaba a Guillermo de ser el cabezalla de la partida y de haber corrompido a los hijos de Maffre, mucho más jóvenes que él.

—Bah!—dijo el señor de Condamin con su escéptica risa.—A la juventud hay que darle lo suyo; ¡Vaya una cosa! Toda la ciudad está revolucionada porque esos muchachos jugaban al baccarrat y porque han encontrado a una dama con ellos.

El doctor se mostró picado por estas frases.

—Quiero pedirle a usted un consejo—dijo dirigiéndose al cura.—El señor Maffre se ha presentado en mi casa hecho una furia. Me ha dirigido reproches sangrientos, gritando que es culpa mía, que he educado mal a mi hijo... Mi posición es verdaderamente muy penosa. Sin embargo, deberían conocerme mejor. Yo llevo sesenta años de una vida sin tacha.

Y continuó gimiendo, diciendo los sacrificios que había hecho por su hijo, hablando de su clientela, que temía perder. El Padre Faujas levantaba la cabeza, escuchaba gravemente.

—No deseo otra cosa que serle a usted útil—dijo complaciente.—Veré al señor Maffre y le haré comprender que una justa indignación le ha llevado más allá de lo debido; voy a rogarle que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
"ALFONSO 12 1887"
5030. 1025 MONTAÑANA, MEXICO

me conceda una entrevista para mañana. Está ahí al lado.

Atravesó el jardín y se inclinó hacia el señor Maffre, que en efecto estaba aún allí, en compañía de madame Rastoil. Pero cuando el juez de paz supo que el párroco deseaba tener una entrevista con él, no quiso que se molestara y se puso a su disposición, diciéndole que tendría el honor de visitarle al día siguiente.

—¡Ah! Señor cura—añadió madame Rastoil.—Mi enhorabuena por su sermón del domingo. Todas las señoras estaban conmovidísimas, se lo aseguro.

El cura saludó y atravesó de nuevo el jardín para tranquilizar al doctor Porquier. Después, lentamente, se paseó hasta la noche, sin inmiscuirse más en las conversaciones, y escuchando las risas de las dos tertulias, a derecha y a izquierda.

Al día siguiente, cuando se presentó el señor Maffre, el Padre Faujas vigilaba los trabajos de dos obreros que reparaban la fuente. Había demostrado deseos de ver funcionar el surtidor; aquella fuente sin agua era triste—decía.—Mouret no quería, pretextando que podrían ocurrir accidentes, pero Marta había arreglado las cosas, diciendo que se rodearía la fuente de una verja.

—Señor cura—gritó Rosa.—El señor juez de paz pregunta por usted.

El Padre Faujas se apresuró a salir. Quería hacer subir al señor Maffre al segundo, a su habitación; pero Rosa había abierto ya la puerta de la sala.

—Entre usted—dijo.—¿No está usted en su casa aquí? Es inútil hacer subir dos pisos al señor juez

de paz... Sólo que si me lo hubiera usted dicho esta mañana, yo habría quitado el polvo al salón.

Cuando cerraba la puerta tras ellos, después de abrir los postigos, Mouret la llamó al comedor.

—Eso es Rosa—dijo.—Esta noche le das mi comida a ese párroco; y si arriba no hay bastantes cobertores, lo llevas a mi cama; ¿te parece?

La cocinera cruzó una mirada de inteligencia con Marta, que trabajaba ante la ventana, esperando que el sol se hubiera quitado de la terraza. Después, encogiéndose de hombros, dijo entre dientes:

—Vaya, señor, no ha tenido usted nunca buen corazón.

Y se fué. Marta continuó trabajando sin alzar la cabeza. Hacía algunos días que se había puesto de nuevo a trabajar con una especie de fiebre. Bordaba un paño de altar; era un regalo para la catedral. "Aquellas señoras" querían regalar un altar completo. Las señoras Rastoil y Delangre se habían encargado de los candelabros, y la de Condamin había encargado a París un soberbio crucifijo de plata.

Entre tanto, en el salón, el Padre Faujas dirigía dulces recriminaciones al señor Maffre, diciéndole que el doctor era hombre religioso, de gran honorabilidad, y que era la primera víctima de la conducta de su hijo. El juez de paz le escuchaba con beatitud; su abotagado rostro, sus saltones ojos adquirirían aspecto de éxtasis al oír ciertas palabras que pronunciaba el cura de un modo más penetrante. Confesó que se había mostrado un tanto vivo, y dijo estar pronto a toda clase de excusas, desde el momento en que el señor cura creía que había hecho mal.

—¿Y sus hijos de usted?—preguntó el cura.—Tendrá usted que enviármelos. Yo les hablaré.

—No tema usted, señor cura—respondió el señor Maffre moviendo la cabeza con leve risa.— Los pícaros no volverán a las andadas... Hace tres días que están en su cuarto, encerrados y a pan y agua. Mire usted, cuando supe el caso, de haber tenido un palo, se lo habría roto en las costillas.

El cura le miró, recordando que Mouret le acusaba de haber matado a su mujer por su dureza y su avaricia; después, con ademán de protesta:

—No, no,—dijo.—No hay que tratar así a los jóvenes. El mayor, Ambrosio, tiene veinte años, y el menor va camino de los diez y ocho, ¿verdad? Piense usted que no son ya chiquillos; hay que tolerarles algunas distracciones.

El juez de paz se quedaba mudo de sorpresa.

—¿De modo que usted les dejaría fumar, ir al café?...—dijo a media voz.

—Sin duda—dijo sonriendo el cura.—Le repito a usted que los jóvenes deben poder reunirse para charlar, fumar cigarrillos, hasta jugar una partida de billar o de ajedrez... Si usted no les tolera nada, todo se lo permitirán ellos... Sólo que, como usted comprenderá, yo no les mandaré a todos los cafés. Quisiera para ellos un establecimiento especial, un círculo como los que he visto en varias partes...

Y desarrolló todo un plan. El señor Maffre, poco a poco, comprendía y movía la cabeza, diciendo:

—Soberbio, magnífico... Sería digno compañero de la obra de la Virgen. ¡Ah, señor cura! Hay que poner en obra tan hermoso proyecto.

—Pues bueno—terminó el cura acompañándole

hasta la puerta.—Ya que la idea le parece a usted buena, expóngala usted a sus amigos. Yo veré al señor Delangre y le hablaré también... El domingo, después de vísperas, podemos reunirnos en la catedral, para tomar una determinación.

El domingo, el señor Maffre llevó al señor Rastoil. Ambos hablaron al Padre Faujas y al señor Delangre en un cuartito contiguo a la sacristía. Aquellos señores se mostraron muy entusiastas. En principio se decidió la creación de un círculo de jóvenes; sólo que se batalló algún tiempo respecto al nombre que llevaría el círculo. El señor Maffre se empeñaba en que se llamase el círculo de Jesús.

—¡Oh, no!—exclamó por fin el cura, impaciente.—No irá nadie, y se burlarán de los pocos que vayan. Comprenda usted que no se trata de hacer entrar la religión en el asunto a todo trance; por el contrario, me propongo dejar la religión a la puerta. Queremos distraer honestamente a la juventud y ganarla a nuestra causa, y nada más.

El juez de paz miraba al presidente con aire tan asombrado, tan ansioso, que el señor Delangre tuvo que bajar la cabeza para ocultar una sonrisa. Solapadamente tiró de la sotana al cura. Este, calmándose, añadió con más dulzura:

—Supongo, señores, que no dudarán ustedes de mí. Les ruego que me dejen la dirección del asunto. Propongo un nombre sencillísimo, por ejemplo este: Círculo de la Juventud, que dice lo que quiere decir.

El señor Rastoil y el señor Maffre se inclinaron, aunque el nombre les pareció algo soso. En seguida hablaron de nombrar al párroco presidente de una junta provisional.

—Creo — murmuró el señor Delangre echando

una mirada al Padre Faujas,—que eso no entra en las ideas del señor cura.

—Sin duda, lo rehusó—dijo el cura encogiéndose levemente de hombros. — Mi sotana asustaría a los tímidos, a los tibios... No tendríamos más que a los jóvenes piadosos, y para esos no abrimos el círculo. Deseamos atraernos a los extraviados; en una palabra, hacer discípulos, ¿no es eso?

—Sin duda alguna—respondió el presidente.

—Pues bien; es preferible que nosotros quedemos en la sombra, sobre todo yo. He aquí lo que les propongo. El hijo de usted, señor Rastoil, y el de usted, señor Delangre, serán los únicos que den la cara. Ellos serán los que hayan tenido la idea del círculo. Enviémoslos mañana, y yo les hablaré largamente. Ya tengo a la vista un local, y un proyecto de estatutos preparado... En cuanto a los dos hijos de usted, señor Maffre, como es natural se inscribirán al frente de la lista de adheridos.

El presidente pareció lisonjeado por el papel asignado a su hijo. De modo que así se acordaron las cosas, no obstante la resistencia del juez de paz, que había esperado obtener alguna gloria de la fundación del círculo. Desde el siguiente día, Severino Rastoil y Luciano Delangre se pusieron en relación con el Padre Faujas. Severino era un mocetón de veinticinco años, de cráneo deforme, de obtuso cerebro, que acababa de salir abogado gracias a la posición que ocupaba su padre; éste pensaba animosamente hacerlo substituto, pues desesperaba de verle crearse una clientela. Luciano, por el contrario, pequeño de estatura, de ojos vivos y ergida cabeza, aunque de un año menos, abogaba con el aplomo de un viejo práctico. La *Gaceta*

de Plassans le anunciaba como futura lumbrera del foro. Sobre todo a este último fué a quien el cura dió las más minuciosas instrucciones; el hijo del presidente hacía las diligencias, reventaba de importancia. En tres semanas, el Círculo de la Juventud fué creado e instalado.

Había a la sazón, debajo de la iglesia de los Mínimos, situada al final de la Carrera Sauvaire, amplias habitaciones y un antiguo refectorio del convento, del que nadie se servía ya. Este era el local que el Padre Faujas tenía a la vista. La clerecía de la parroquia se lo cedió de muy buena gana. Una mañana, habiendo instalado el comité provisional del Círculo de la Juventud a unos obreros en aquella especie de sótanos, los burgueses de Plassans se quedaron estupefactos al ver que se establecía un café debajo de la iglesia. Al quinto día, no quedó la menor duda. Se trataba de un café. Llevaban divanes, mesas de mármol, sillas, dos billares, tres cajas de platos y de vajilla de cristal. Se abrió una puerta en un extremo del edificio, lo más lejos posible del portal de los Mínimos. Grandes cortinas rojas, cortinas de restaurant, colgaban tras las cristaladas puertas, que se empujaban después de bajar cinco escalones de piedra. Allí se encontraba primero una gran sala; después, a la derecha, había otra más pequeña, y un salón de lectura; finalmente, en una pieza cuadrada, en el fondo, se habían colocado los dos billares. Era precisamente debajo del altar mayor.

—¡Ah, pobres amiguitos! — dijo un día Guillermo Porquier a los hijos de Maffre, a quienes encontró en la Carrera.—Os van a hacer ayudar a misa, ahora, entre dos partidas de béciga.

Ambrosio y Alfonso le suplicaron que no les

volviese a hablar en pleno día, porque su padre les había amenazado con alistarles en la marina, si seguían tratándole. La verdad era que, pasado el primer asombro, el Círculo de la Juventud obtenía un gran éxito. Monseñor Rousselot había aceptado su presidencia honoraria; hasta se presentó en él un día, acompañado de su secretario, Padre Surin; bebieron sendos vasos de jarabe de grosella en el saloncito, y en un vasar se guardó con respeto el vaso en que había bebido Monseñor. Hoy se cuenta aún esa anécdota con emoción en Plassans. Esto determinó la adhesión de todos los jóvenes de la buena sociedad. Fué de muy mal tono no pertenecer al Círculo de la Juventud.

Guillermo Porquier, en tanto, vagaba alrededor del círculo, con risas de lobezno que medita entrar en un redil de ovejas. Los hijos de Maffre, a pesar del horroroso miedo que a su padre tenían, adoraban a aquel muchachón desvergonzado, que les contaba cosas de París y les proporcionaba buenas partidas en las campiñas de los aldeanos. De manera que acabaron por darse cita con él cada sábado, a las nueve, en un banco del Paseo del Mail. Escapábanse del círculo y charlaban hasta las once, ocultos en la negra sombra de los plátanos. Guillermo hablaba sin cesar de las veladas que pasaban bajo la iglesia de los Mínimos.

—¡Qué buenazos sois—les decía,—y cómo os dejáis llevar por donde quieren! ¿Es el perrero, verdad, el que os sirve los vasos de agua con azúcar, como si os diera la comunión?

—No, no, te equivocas, te lo aseguro—afirmaba Ambrosio.—Parece que esté uno en un café de la Carrera, en el Café de Francia o en el de los Viajantes... Bebemos cerveza, ponche, madera, lo

que uno quiere, lo que se bebe en todas partes.

Guillermo continuaba riendo.

—No importa—murmuraba.—Yo no querría beber todas esas porquerías; temería que les hubieran echado alguna droga para hacerme ir a confesar.. Apuesto a que os jugáis el gasto al burro o a la mona.

Los hijos de Maffre se reían mucho con estas bromas. No obstante, le desengañaban, diciéndole que había muchos juegos de naipes permitidos. Aquello no olía a iglesia ni por asomo. Y estaban muy bien; los divanes eran buenos, y había espejos por todas partes.

—Vaya—decía Guillermo.—No me haréis creer que no se oyen los órganos cuando hay ceremonia de noche en los Mínimos. A mí me sentaría mal el café sólo con saber que bautizan, casan y entierran encima de mi taza.

—Eso tiene algo de verdad—decía Alfonso.—El otro día, mientras jugaba yo una partida de billar con Severino, durante el día, oímos perfectamente que enterraban a alguien. Era la niña de ese carnicero que hay en la esquina de la calle de la Banne. Ese Severino es más bruto... Creía darme miedo al decirme que me iba a caer el entierro sobre la cabeza.

—Bueno, bueno; ¡bonito es vuestro círculo!—exclamaba Guillermo.—No pondría yo los pies en él por todo el oro del mundo. Lo mismo da tomar el café en una sacristía.

Guillermo estaba muy disgustado por no formar parte del Círculo de la Juventud. Su padre le había prohibido que se presentase en él, temiendo que no le admitiesen. Pero su irritación llegó a ser demasiado fuerte; sin decir nada a na-

die, presentó solicitud de admisión. Aquello fué un lío. La comisión encargada de dictaminar sobre las admisiones, contaba entonces entre sus miembros a los hijos de Maffre. Luciano Delangre era presidente y Severino Rastoil secretario. El apuro de aquellos chicos fué horrible. No se atrevían a apoyar la demanda, y no querían ofender al doctor Porquier, un hombre tan digno, tan bien corbateado, que poseía la absoluta confianza de las damas de la buena sociedad. Ambrosio y Alfonso suplicaron a Guillermo que no llevara las cosas al último extremo, dándole a entender que no tenía probabilidad ninguna de ser admitido.

—¡Dejadme en paz! — les respondió el joven. Sois los dos unos cobardes... ¿Creéis que tengo empeño en entrar en la cofradía vuestra? Es una comedia. Quiero ver si tenéis el valor de votar contra mí. Poco que me voy a reir el día que me déis con la puerta en los hocicos. En cuanto a vosotros, niños míos, podéis ir a divertir os donde os dé la gana. Yo no os volveré a hablar en mi vida.

Los hijos de Maffre, consternados, suplicaron a Luciano Delangre que arreglara las cosas de modo que se evitara el escándalo. Luciano sometió la dificultad a su consejero ordinario, el Padre Faujas, hacia el cual había adquirido una admiración de discípulo. El cura todas las tardes, de cinco a siete, iba al Círculo de la Juventud. Atravesaba la gran sala con aire afable, saludando, deteniéndose a veces ante una mesa, para hablar unos minutos con un grupo de jóvenes. No aceptaba nunca nada, ni un vaso de agua pura. Después, entraba en el salón de lectura, se sentaba ante la gran mesa cubierta de tapete verde, leía con atención todos los periódicos que recibía el Círculo, las hojas legitimistas de París y de los depar-

tamentos vecinos. A veces, en un pequeño cuartito, tomaba una nota rápida. Después de lo cual se retiraba discretamente, sonriendo de nuevo a los presentes y estrechándoles la mano. Algunos días, no obstante, estaba allí más tiempo, interesándose por una partida de ajedrez, hablando de todo alegremente. Los jóvenes, que le querían mucho, decían de él:

—Cuando habla nadie diría que es un cura.

Cuando el hijo del alcalde le hubo hablado del apuro en que ponía a la comisión la solicitud de Guillermo, el Padre Faujas prometió mediar. En efecto, al siguiente día vió al doctor Porquier, a quien le contó el caso. El doctor se quedó aterrado. Su hijo quería matarlo de pena, deshonorando sus canas. ¿Y qué resolver en tal ocasión? De retirar la solicitud, no sería menor la vergüenza. El cura le aconsejó que desterrase a Guillermo durante dos o tres meses, a una propiedad que poseía a algunas leguas de allí; él se encargaba de lo demás. El desenlace fué de los más sencillos. Cuando partió Guillermo, la comisión puso a un lado la solicitud, declarando que no urgía y que se decidiría ulteriormente.

El doctor Porquier se enteró de esta decisión por Luciano Delangre, una tarde en que se hallaba en el jardín de la subprefectura. Corrió a la terraza. Era la hora de leer el breviario para el Padre Faujas; éste se hallaba allí, bajo la glorieta de los Mouret.

—¡Ah, señor cura! ¡Un millón de gracias!— dijo el doctor inclinándose.—¡Cuánto me gustaría estrechar su mano!

—Está usted un poco alto—respondió el cura, mirando a la pared con una sonrisa.

Pero el doctor Porquier era hombre lleno de efusión, a quien no desanimaban los obstáculos.

—Espere usted? exclamó;—si usted me lo permite, señor cura, voy a dar la vuelta.

Y desapareció. El cura, sonriendo aún, se dirigió lentamente a la puertecilla que daba al callejón de las Chevillottes. El doctor daba ya en la madera discretos golpecitos.

—Es que esta puerta está condenada—murmuró el cura. — Uno de los clavos está roto... Si tuviéramos una herramienta, no sería difícil quitar el otro.

Miró en torno y vió una azada. Entonces, con pequeño esfuerzo, abrió la puerta, cuyos cerrojos había quitado. Después salió al callejón de las Chevillottes, en el que el doctor Porquier le llenó de amables frases. Cuando se paseaban charlando a lo largo del callejón, el señor Maffre, que se hallaba precisamente en el jardín del señor Rastoil, abrió por su lado la puertecilla oculta tras la cascada. Y los tres señores se rieron mucho al hallarse de aquel modo los tres en aquella calle desierta.

Allí permanecieron un instante. Cuando se despidieron del cura, el juez de paz y el doctor asomaron la cabeza al jardín de los Mouret, mirando con curiosidad en torno.

Entretanto Mouret, que ponía rodrigones a los tomates, les vió al levantar la vista. Se quedó mudo de sorpresa.

—¡Bueno ya están en mi casa!—refunfuñó.— ¡No falta más sino que el párroco traiga aquí a los dos bandos!

XIII

Sergio tenía entonces diez y nueve años. Ocupaba en el segundo piso una pequeña estancia en frente del cuarto del cura; en ella vivía casi encaustrado, leyendo mucho.

—Te voy a tirar al fuego todos los libros—le decía Mouret con cólera.—Verás cómo acabas por caer en cama.

En efecto, el joven era de un temperamento tan nervioso, que a la menor imprudencia tenía indisposiciones de niña, arrechuchos que le retenían en su habitación durante dos o tres días. Entonces Rosa le anegaba en tisanas, y cuando Mouret subía para sacudirle un poco, como decía él, si la cocinera estaba allí echaba fuera a su amo, chillándole:

—¡Deje usted en paz al niño! ¿No ve usted que le mata con sus brutalidades?... No tiene nada de usted, es el vivo retrato de su madre. No les comprenderá usted nunca, ni a uno ni a otra.

Sergio sonreía. Su padre, al verle tan delicado, titubeaba, desde su salida del colegio, no deci-